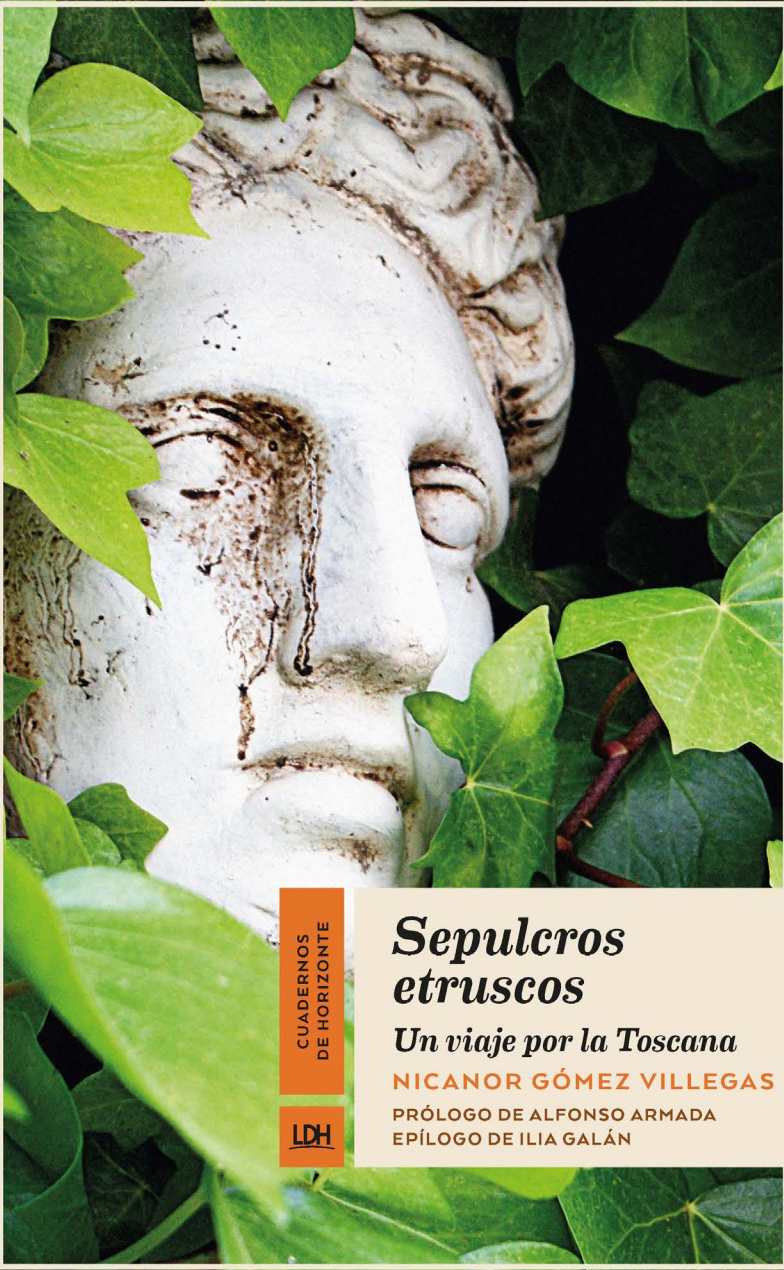




CUADERNOS
DE HORIZONTE

LDH

Sepulcros etruscos

Un viaje por la Toscana

NICANOR GÓMEZ VILLEGAS

PRÓLOGO DE ALFONSO ARMADA

EPÍLOGO DE ILIA GALÁN

Nicanor Gómez Villegas

CANTABRIA, 1969

*

Doctor en Historia Antigua por la Universidad de Cantabria y máster en Filología Hispánica por el Instituto de la Lengua del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Actualmente es director del Colegio Mayor Universitario Isabel de España de la Universidad Complutense de Madrid.

Escribe artículos sobre historia, etimología y literatura en el *Diario Montañés* y las revistas especializadas *Altamira*, *Ojos de Papel*, *Rinconete* y *Mundo Investigación*. Es autor de los libros *Gregorio de Nazianzo en Constantinopla* (1999), *Viajes de papel* (2017) y coeditor de *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana, 1936-1975* (2006).

Sepulcros etruscos

Un viaje por la Toscana

NICANOR GÓMEZ VILLEGAS

Título de esta edición:
Sepulcros etruscos. Un viaje por la Toscana

Primera edición en
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
febrero de 2022

© de esta edición:
FESTINA LENTE EDICIONES, S. L. U., 2022
C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección: Christian Cruz

© del texto: Nicanor Gómez Villegas
© del diseño de cubierta:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Depósito Legal: M-383-2022
ISBN: 978-84-17594-69-5 | THEMA: WTL, 1DST-IT-TS
Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ecológica para contribuir a una gestión sostenible de los bosques y las reservas de agua.

CUADERNOS
DE HORIZONTE

Sepulcros etruscos

Un viaje por la Toscana

NICANOR GÓMEZ VILLEGAS

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Sepulcros etruscos

PRÓLOGO

Viaje interior, o un café abierto
toda la noche ... 11

INTRODUCCIÓN ... 23

DESDE NARBONA ... 29

ARLESIANA ... 31

NIÇOISE/NIZZARDA ... 34

EL FEUDO DE LOS GRIMALDI ... 38

ZARATUSTRA EN LA COSTA AZUL ... 41

DE LA TURBIE A LERICI ... 43

EL CASTILLO DE ROQUEBRUNE ... 47

EL CEMENTERIO MARINO ... 50

INFANCIA ITALIANA ... 53

MAZMORRAS GENOVESAS ... 56

EROS Y THÁNATOS ... 61

LA VENECIA DEL TIRRENO ... 63

AMANECER EN PRATA ... 67

MASSA MARITTIMA ... 70

DE RE LANGOBARDORUM ... 76

CASTEL DI PIETRA, VETULONIA
Y MONTEMASSI ... 80

DE UN CASTILLO A OTRO ... 84

ACCADEMIA DI TATTI ... 91

EL ESPEJO DEL MAR ... 95

DIÁLOGOS EN LA MARISMA ...	97
SEPULCRO EN POPULONIA ...	100
BAR MITZVÁ EN PITIGLIANO ...	104
MATERIA DE TOSCANA ...	106
FEDERICO II EN GROSSETO ...	110
RETORNO A VOLTERRA ...	112
DONDE LOS ÁNGELES NO SE AVENTURAN ...	116
POLIORCÉTICA ...	119
OCRE SIENA ...	123
EL ARDUO ARTE DEL RETORNO ...	128
TURCOS EN LA COSTA ...	130
SHAKESPEARE EN VITERBO ...	134
LA SELVA OSCURA ...	138
CURACIÓN POR EL AGUA, CURACIÓN POR LA BELLEZA ...	141
EL BARRIO DE LOS TOSCOS TOSCANOS ...	144
EN POS DE LA BELLEZA ...	146
EPÍLOGO EPIGRÁFICO Peregrinar hacia la belleza o resucitar desde los sepulcros etruscos ...	151

Para Genoveva, mi luz y mi mirada.

Los romanos reservaban a sus muertos la incineración, no la inhumación. Tal vez por ello lo que esperaban del más allá era una tristeza sombría y tenebrosa en el Averno, sin color, energía, amor ni acontecimiento alguno. Los etruscos, en cambio, hacían de la muerte algo delicioso, absolutamente deseable. Los ambientes de sus tumbas, en palabras de D. H. Lawrence, proporcionaban «una rara e intensa placidez». Sus cámaras sepulcrales estaban pintadas con escenas alegres que reivindicaban la vida y que representaban la vida cotidiana en el otro mundo: banquetes, luchas cuerpo a cuerpo, música, bailes, caza, pesca y, por supuesto, amor físico. Los colores eran extraordinariamente vivos: blancos de tiza, negros de carbón, rojos de óxido de hierro, azul de lapislázuli machacado y un verde impresionante de malaquita. Vamos, una suerte de fauvismo o de Matisse *avant la lettre*.

23

En *Dei sepolcri*, Foscolo hace referencia a las prácticas sepulcrales de griegos y romanos. La urna era el recipiente que recogía las cenizas de los difuntos que habían sido previamente incinerados. Los sepulcros, pues, a su juicio, no servían para nada a los muertos, toda vez que la muerte determinaría la abolición o cese del ser humano y su experiencia, reabsorbido en el ciclo eterno de nacimiento-vida-destrucción. Sin embargo, los sepulcros —sean etruscos o no— tienen una función fundamental para quienes aún siguen vivos, pues las vidas que conmemoran nos interpelan profundamente acerca de nuestras propias vidas. Este libro, por tanto, es una suerte de *Spoon river* etrusco. Nos detenemos ante las tumbas,

preguntamos, inquirimos. Pensamos en esas vidas y en los malabarismos que debieron llevar a cabo avanzando a través del dolor de la vida, solamente iluminado por momentos fugaces de belleza, que es el bien absoluto, esos artificios de eternidad que invocaba Dante cuando pensaba en Beatriz: «Cuando ante mis ojos / apareció por vez primera la gloriosa / dama de mi espíritu».¹

Los sepulcros, al hacernos pensar en las vidas de los demás, nos llevan indefectiblemente a meditar sobre nuestra propia vida y a preguntarnos acerca de quiénes somos en realidad y de qué está hecha la morada vital que hemos decidido construir. Por eso, estos sepulcros etruscos me han llevado a una vida nueva, entre piedras antiguas y relatos de otras vidas que fueron y ya no son, y entre pinos y cipreses, los árboles sagrados consagrados a Plutón, el dios de los infiernos. Los etruscos y sus descendientes directos, los toscanos, a diferencia de Foscolo, creían en la vida de ultratumba; y por eso algunos toscanos, entre los que destaca por encima de todos Dante Alighieri, quien aparecerá reiteradamente en estos pecios, han dejado relatos incomparables de esos paseos por el inframundo.

No deja de producirse una evidente paradoja. En uno de los momentos de mi vida en los que más vivo me he sentido, los sepulcros aparecían recurrentemente sin necesidad de ser convocados. Sepulcros de Walter Benjamin en Port Bou y de Antonio Machado en Collioure; tumba provisional de W. B. Yeats en Roquebrune-Cap-Martin; cementerio marino de los rusos de Menton; sepulcros etruscos, propiamente

1 Alighieri, D. (1985): *La vida nueva*, traducción de Julio Martínez Mesanza, Madrid, Siruela.

hablando, en Vetulonia, en Populonia, en Sorano. Sepulcros de almirantes y de corsarios. Sepulcros de profetas iluminados. Sepulcros de escritores en el Cimitero acattolico de Roma. Este libro toma prestado su título —y algunas cosas más— de su casi homónimo *La tumba etrusca*, de José Carlos Llop, un catálogo de varios de los temas abordados en este libro: la muerte, naturalmente, pero también su exaltación absoluta, el amor, los sueños, el arte, el paisaje, la guerra y siempre la historia y la literatura. Entre sepulcros y la presencia constante, como un granadero haciendo guardia, de la muerte, no conozco mejor invitación a la vida que un viaje a Italia. Puedo asegurar que yo también estuve en Arcadia.

Este libro surge como corolario de una experiencia que solo puedo calificar de pura maravilla: un viaje en coche a Italia en el verano de 2020, recién salidos del confinamiento, con un profesor de estética, que, además de poeta, es amigo mío. De los buenos: él es él y yo soy yo. El poeta se llama Ilia Galán y muchos de sus amigos le conocemos como «el Marqués», pues, aunque no es feo, es muy católico y muy sentimental, como Bradomín, uno de sus *Döppelgänger*. Por esta razón, cuando haga referencia a mi *alter ego* en este viaje utilizaré la inicial M., pues M. es un personaje a medias entre el profesor Chips de *Goodbye Mr. Chips* en sus vacaciones en Italia, en el aspecto iconográfico y de *atrezzo*; Moratín, otro miembro de su panteón personal, en su mirada maravillada por la belleza italiana; György Lukács en su viaje por Italia para las cuestiones estéticas y filosóficas; y el Caballero de Seintgal en sus andanzas, valga la redundancia, galantes o galanas. Ilia Galán no es exactamente el M. de este libro, pero se le parece bastante.

El libro que el lector tiene entre sus manos se presenta como una serie, no siempre ordenada cronológica o topográficamente, de breves digresiones narrativas que he dado en llamar *sepulcros*, pues las visitas a cementerios, criptas y otro tipo de tumbas fueron uno de los *leit-motivs* de aquel viaje. Cada sepulcro toma un cronotopo de nuestro recorrido por la Costa Azul y la Toscana como pretexto para enjaretar un brevísimo relato sobre literatura, historia y paisaje. Eso sí, con alguna trampa al solitario, pues de vez en cuando se intercalan recuerdos de viajes anteriores a Italia. Entre los antiguos se cultivaba un género literario llamado *philocalia*, el amor por las cosas bellas. Este viaje, además de todo lo que llevó de aprendizaje cultural y personal, tuvo bastante de *philocalia*, de educación, mejor dicho, de reeducación de la mirada y del gusto que propició tanta belleza, que, atendiendo solo a sus propias leyes, «es una dicha perpetua», en palabras de John Keats. En su libro sobre Venecia, *Fondamenta degli Incurabili*, Joseph Brodsky escribió a modo de *hydrotaphia*, o escrito en el agua, nuestro destino:² «Italia, solía decir Anna Ajmátova, es un sueño que vuelve durante el resto de tu vida». Sí, no cabe duda de que Italia es un sueño que vuelve una y otra vez a lo largo de la vida. Sirvan estos sepulcros etruscos, pues, no como exaltación de la muerte, sino como celebración de Italia y de la vida.

Quiero dar las gracias a varias personas sin cuyo concurso este libro no hubiera sido posible. En primer lugar, a Ilia Galán, por su generosa amistad. No puedo

2 Brodsky, J. (2010): «L'Italia è un sogno che continua a ripresentarsi per il resto della vita», en *Marca de agua*, traducción de Menchu Gutiérrez, Madrid, Siruela, p. 94.

concebir mejor compañero de viaje que él. A Alfonso Armada, por su bellissimo prólogo y por haber sido el anfitrión de los textos que componen este libro en su revista *Frontera D*. A Eva Fernández y a Fernando Abascal les agradezco de corazón haber creído en este libro cuando solo era un embrión y sus buenos oficios ante Pilar Rubio proponiéndole que lo publicara en La Línea del Horizonte. Naturalmente, quedo en deuda con la editora por su confianza en otro autor desconocido. Con Fernando Abascal estoy doblemente en deuda, pues, como en ocasiones anteriores, ha leído el original y me ha evitado muchos solecismos, redundancias y erratas. Quiero agradecer a mis compañeras Pilar y Rocío el día a día en nuestro colegio, auténtica escuela de vida. Por último, pero no la última, quiero recordar a mi amada hija Genoveva, con su alegría, su retranca, su desparpajo y su don del lenguaje. Este libro está dedicado a ella. Ojalá un día llegue a amar Italia tanto como yo la amo.

Un profesor de estética y un historiador van por la carretera hacia Italia. Cada uno tiene una mirada deformada por su disciplina. Donde M. ve rosetones y gárgolas, y le sirven de estribo para una reflexión sobre la belleza, yo pienso en la capital de la Septimania o Gothia de los visigodos antes de que fueran derrotados por Clodoveo y en la toma de Arbuna, último bastión de los musulmanes en La Galia, por Pipino el Breve en 759. En la catedral, M. me explica la razón por la que su claustro está sin concluir: la peste negra. Qué oportuno, cómo se relaciona esta explicación con lo que estamos viviendo. Las mascarillas y el civismo generalizado de los franceses nos recuerdan que vivimos en una burbuja de belleza y de luz, tal vez entre dos oscuridades.

29

Unos paneles con fotografías antiguas nos cuentan la historia de la rebelión de los viticultores del Languedoc entre marzo y junio de 1907. El conflicto, también conocido como «la rebelión de los harapientos»,³ se exacerbó con el amotinamiento de los soldados del 17.º Regimiento de Infantería acantonado en Béziers, que había sido enviado para sofocar la rebelión, en un episodio que me evoca a *Senderos de gloria*. Aquel regimiento, que se había cubierto de gloria en Austerlitz, fue severamente purgado y en la Primera Guerra Mundial fue usado como carne de cañón. Para evitar la confraternización entre los soldados y las comunidades de donde habían sido reclutados, las autoridades dispusieron que,

3 Sobre la rebelión de los viticultores del Languedoc, véase Emmanuel Le Roy Ladurie, «1907, le millésime de la colère» (*L'Histoire* n.º 320, mayo de 2007).

en el futuro, los reclutas siempre servirían en unidades alejadas de sus lugares de origen.

La mención a Béziers llevó mi imaginación a la cruzada albigense. Un enviado papal que había sido abad de Poblet y de Cîteaux, la casa madre del Císter, Arnaud Amalric, fue preguntado por sus huestes acerca de cómo distinguir en Béziers a los herejes albigenses de quienes habían perseverado en la ortodoxia católica. Su respuesta, «se non vera, ben trovata», ha pasado a la posteridad: «Matadlos a todos. Dios sabrá reconocer a los suyos». Ya como arzobispo de Narbona y, por ende, uno de los señores feudales más poderosos del sur de Francia, acudió con otros señores feudales y caballeros ultramontanos al llamamiento de la cruzada para ayudar a Alfonso VIII de Castilla a detener la amenaza almohade. En la mente de Amalric, albigenses y almohades estaban fundidos como avatares del mismo mal absoluto e incluso proclamó públicamente que había un acuerdo entre ellos para terminar con la cristiandad católica. Cuando se convocó la cruzada no dudó en unirse a ella para ayudar a sus hermanos, los freires de la Orden de Calatrava, que seguían los preceptos de la regla del Císter. Tras el triunfo aplastante del ejército de Alfonso VIII y sus aliados (navarros, aragoneses, caballeros ultramontanos, milicias concejiles, contingentes de las órdenes militares, mesnadas señoriales), fue precisamente al arzobispo de Narbona a quien se le ocurrió bautizar la batalla de la Mesa del Rey del 16 de julio de 1212 con el nombre con el que ha pasado a la historia, la batalla de las Navas de Tolosa, sirviéndose de un topónimo menor de la zona de la batalla para unir en el imaginario colectivo esta batalla contra los almohades con el epicentro de la herejía albigense: el Condado de Tolosa.



ARLESIANA

La Baja Borgoña era uno de los nombres que recibió, en la Alta Edad Media, la antigua Provenza romana. Recordemos que el corónimo *Borgoña* procede del nombre de la tierra de los antiguos burgundios. Hugo de Arlés cedió en el año 933 el reino de Provenza a Rodolfo II de Borgoña a cambio de la renuncia de este a la Corona de Italia. De la unión del reino de la Alta Borgoña y del reino de Provenza o la Baja Borgoña surgió un nuevo reino, el reino de Arlés o Arelato, una de las coronas que tradicionalmente ceñía todo emperador del renacido Sacro Imperio Romano: la de Germania (o Alemania), la de Italia y la de Arlés. Aunque dejó de ser común que los emperadores acudiesen a la ciudad de Arlés a recibir la corona y que esta se acabó convirtiendo en puro símbolo sin contenido real, algunos emperadores, como Federico I Barbarroja o Carlos IV de Luxemburgo aún acudieron a Arlés a ser coronados en su catedral, San Trófimo, donde, además, el 2 de diciembre de 1400, se casaron Yolanda o Violante de Aragón y Luis II de Anjou, rey titular de Nápoles y conde de Anjou y Provenza. Ambos habían sido prometidos por sus familias para tratar de resolver las disputas por el reino de Sicilia entre las casas de Aragón y de Anjou, las cuales desencadenaron las Vísperas sicilianas. Yolanda, una extraordinaria mujer medieval, llegó a ser conocida como «la reina de los cuatro reinos» por su derecho a llevar la corona de Sicilia, Jerusalén, Chipre y Aragón (aunque una interpretación excluye Chipre y

considera a Nápoles y a Sicilia), cuando el trono de Francia, en plena guerra de los Cien Años, era de arcilla.⁴

Fue grato regresar a Arlés. Mi memoria recordaba la anchura del curso del Ródano, de la que hablaba Dante, y la tarde que pasé allí hace mucho tiempo. Durante el trayecto en un tren nocturno desde Hendaya hasta Nîmes no logré conciliar el sueño, creo ahora que más por la excitación en la que me sumía —y me sigue sumiendo— cualquier viaje que por la incomodidad objetiva del camarote. El caso es que llegué a Arlés muerto de sueño y, a pesar de mis ganas de ver tantas maravillas, eché una pequeña siesta delante del anfiteatro romano las Arenas de Arlés, donde Jan se quedó prendado de la arlesiana en *L'Arlesienne* de Bizet. Después, naturalmente, me fui a visitar las ruinas del teatro, la necrópolis y San Trófimo.

En el «Infierno» de Dante, al narrar la entrada en la tenebrosa ciudad de Dite, encontramos una sucinta descripción de la necrópolis de Alyscamps, «los Campos Elíseos»:

Como en Arlés, donde se estanca el Ródano,
o, como en Pola cerca del Carnaro,
que cierra Italia y baña sus confines.

también aquí abundan los sepulcros
salpicando el paisaje, si bien era
la sensación que daban más terrible

«Infierno», IX, vv. 112-117⁵

4 Tengo que confesar que casi todo lo que sé sobre la guerra de los Cien Años lo aprendí en la serie de tebeos en seis volúmenes que lleva ese título. France Richemond & Theo (2015): *Le Trône d'Argile*, París, Delcourt.

5 Alighieri, D. (2018): *Comedia*, prólogo, comentarios y traducción de José María Micó, Barcelona, Acantilado, p. 109. Todas las referencias a este texto de Dante se harán conforme a esta traducción.

Las amplias aguas del Ródano separaban Francia del Imperio y tanto Avignon (aguas arriba) como Arlés (aguas abajo) quedaban en la ribera del Imperio. Siguiendo el curso del Ródano hasta su desembocadura, se llegaba por esa vía natural de comunicación al Mediterráneo. El cabotaje de Roma a Provenza nos informa que desde el Gradus Massilitanorum (el puerto de Marsella), subiendo por el Ródano hasta Arelate (Arlés), se navegaban treinta millas náuticas: «Gradu per fluvium Rhodanum Arelatum mpm XXX». Arlés, además, estaba estratégicamente situada en la red de calzadas romanas que surcaban el sur de Francia camino de la península ibérica; por esa razón, se convirtió en un importante punto de encuentro y albergue para los peregrinos que, procedentes de otras partes de Francia, Alemania e Italia, se dirigían por la red de caminos jacobeos hacia Santiago de Compostela. Algunas *chansons de geste*, dada la profusión de tumbas de los Alysamps a la que hacía referencia Dante, ubicaron aquí una importante batalla de las huestes de Carlomagno contra los sarracenos y las tumbas de algunos de los héroes de la epopeya de Francia caídos en aquella batalla.

33

Al finalizar nuestra visita nos detuvimos en el emplazamiento del antiguo foro de Arelate, en frente del café que frecuentaba Vincent van Gogh durante su etapa arlesiana, Le Café la Nuit. Tanto Van Gogh como Gauguin pintaron aquel café, donde algunos desheredados de la fortuna iban a pasar la noche cuando no tenían otro techo. Así nos los cuenta Van Gogh en una carta a su hermano Theo:

Hoy probablemente empezaré el interior del café donde tengo una habitación, por la tarde, bajo las luces de gas.

Aquí, le llaman un «café de noche» (son más bien numerosos), y están abiertos toda la noche. Los «vagabundos nocturnos» pueden encontrar refugio si no tienen dinero para un alojamiento o si van demasiado ebrios.⁶

Poco más pudo dar de sí aquella tarde arlesiana. Con la conciencia demoledora del paso del tiempo personal entre la eternidad de aquellas piedras y aquella luz, tomamos el camino de Niza.



NIÇ O I S E / N I Z Z A R D A

Los griegos de Focea fundaron varias colonias en la Costa Azul y en Liguria. Las más importantes fueron Marsella (Massalia), Cannes (Aegitna), Antibes (Antipolis) y Nikaia, esto es, «victoria», para conmemorar el triunfo sobre los nativos ligures. Niza, por tanto, tiene raíces muy antiguas que se reconocen aun en su nombre, que nos recuerda a la diosa griega de la victoria. Tengo que comenzar por decir que la parte que más me gusta de la ciudad es la vieja Niza, lo que queda del burgo que dio nombre al condado de Niza. Aunque era de noche en esta ocasión, naturalmente dimos un paseo desde el muelle por las calles de la ciudad vieja. La bala de cañón que encontramos en una pared de un palacio es elocuente testimonio del asedio otomano de 1543 durante la guerra de Italia (1542-1546). En aquel momento, Niza estaba bajo el control del ducado de Saboya, firme aliado del emperador Carlos V, por lo que la estrecha e insólita alianza entre Solimán el Magnífico

6 Van Gogh, V. (2012): *Cartas a Theo*, Madrid, Alianza.

y Francisco I de Francia decidió poner cerco a la ciudad. La flota de Hayreddin Barbarroja, compuesta por más de cien galeras, llegó a Tolón en julio de 1543 y se dirigió al encuentro de la armada francesa al mando de Francisco de Borbón en Marsella y se pusieron rumbo a Niza en agosto de 1543. Muy cerca de Niza, en Villefranche, las tropas otomanas desembarcaron, redujeron a cenizas esa ciudad y avanzaron hacia Niza. Aunque los habitantes lucharon con bravura, destacando entre ellos una mujer, Caterina Segurana (colocamos su nombre en nizado, el dialecto ligur que entonces se hablaba en Niza), la ciudad acabó rindiéndose el 22 de agosto, salvo la ciudadela. En la placa que acompaña a la bala de cañón puede leerse: «Bala de cañón de la flota turca en 1543 durante el asedio de Niza, donde Catherine Ségurane, heroína de Niza, se distinguió». A pesar de las instrucciones de Francisco I de que no saqueara la ciudad, ante el fracaso al tomar la ciudadela y la inminente llegada de las tropas de Carlos III, duque de Saboya, traídas por las naves del almirante genovés Andrea Doria, Barbarroja decidió arrasarla la ciudad y tomar cinco mil cautivos.

Caminando por la Rue Droite fuimos a dar con el Palacio Lascaris. El nombre, como no podía ser de otro modo, suscitó inmediatamente mi curiosidad. M. me contó que se trata de algo digno de visitar, pero el palacio estaba cerrado a aquellas horas. Naturalmente, espoleado por ese nombre de bizantina memoria, me puse a investigar. Un miembro de la importante familia ligur de los señores de Ventimiglia tomó por esposa a una hija de Teodoro II Lascaris, último emperador perteneciente a la familia Lascaris. Los genoveses decidieron poner

fin al Imperio latino de Constantinopla, pero en vez de entregar la corona imperial a la familia Lascaris, que ostentaba la legitimidad bizantina en Nicea, decidieron que fuera la familia Paleólogo la nueva dinastía imperial. Estando a la sazón en Constantinopla, en calidad de vasallo de la República de Génova, con las tropas genovesas que impusieron el cambio de régimen, Guglielmo Pietro I de Ventimiglia esposó a la joven princesa Eudoxia y se la llevó a sus tierras en Tende, Liguria. A partir de aquel momento, la familia añadió al nombre de Ventimiglia el prestigioso Lascaris y así ha llegado hasta nuestros días.

El Palacio Lascaris era la residencia de la familia en Niza y allí nació uno de los miembros más fascinantes de la familia, Giulio Francesco Lascaris di Ventimiglia. Siguiendo con la tradición familiar, Giulio entró en la Orden de San Juan de Jerusalén, conocida como la Orden de Malta o simplemente «La Religión». Cuando Napoleón terminó con el gobierno de la Orden de Malta al desembarcar en la isla, del modo expeditivo en que solía hacer las cosas, el caballero Giulio Lascaris di Ventimiglia consideró que era un buen momento para cambiar de aires y de vida y se unió a la expedición de Bonaparte hacia Egipto, donde le propuso que reclutara una legión copta y construyera un Estado egipcio independiente y amigo de Francia. Años después, en la cincuentena, en su zahúrda de Damasco, recibió una misión del cónsul francés en Egipto, Drovetti, quien le encargó que ganase a las tribus beduinas de Siria para la causa de Francia, de modo que los ejércitos franceses pudiesen llevar a cabo una campaña en el Imperio otomano como la que pretendían llevar a cabo en Rusia. Lascaris y su fiel lugarteniente, Fathallah, un cristiano sirio, tejieron

una intriga entre las arenas del desierto que parece una premonición del sueño de la rebelión árabe contra los otomanos que cien años más tarde T. E. Lawrence llevará a la práctica. Al final de sus días, Lascaris se trasladó de nuevo a Egipto para ganarse el pan como profesor de francés de Ismail, el hijo de Muhammad Alí, el albanés que se apoderó de Egipto, hasta su muerte en 1817. Y en Egipto terminó sus días Lascaris de Arabia, Giulio Francesco Lascaris di Ventimiglia, una de las primeras voces que abogó por la independencia de Egipto y de los árabes.⁷

Continuando con mi proceso arqueológico personal, me gustaría señalar que el linaje Ventimiglia apareció en mi vida leyendo las novelas de Emilio Salgari, específicamente la saga del Corsario Negro, un noble italiano reciclado en pirata del Caribe que deseaba ardientemente vengar el asesinato de sus hermanos a manos del flamenco Wan Guld, gobernador de Maracaibo. El nombre en la vida civil del Corsario Negro era Emilio di Roccanera, Sire di Ventimiglia. Cuando atravieso la frontera entre Francia e Italia siempre me acuerdo de él al pasar por el burgo de Ventimiglia.

Y para terminar esta *niçoise* (o *nizzarda*), no podemos dejar de rendir homenaje al principal artífice del sueño del *Risorgimento*, Giuseppe Garibaldi, quien nació precisamente en 1807 en Niza, que en aquel entonces formaba parte del Imperio napoleónico. De familia genovesa estrechamente vinculada con la mar, siendo muy joven Garibaldi abandonó Niza para comenzar su *perpetuum mobile* de aventura hasta el final de sus días:

7 Para saber más sobre la novela que fue la vida de este aventurero, véase Soublin, J. (2006): *Lascaris d'Arabie*, París, Phébus.

Tánger, Istanbul, Túnez, Brasil, Uruguay, Nueva York, Perú, el Pacífico, y de nuevo Italia para luchar, «Roma o muerte», hasta la victoria final por su libertad y su independencia. Héroe de dos mundos, como fue conocido, Garibaldi nunca aceptó la incorporación de Niza a Francia en 1860. Aunque ya queda poca gente que hable el dialecto nizzardo y se sienta italiana, existe testimonialmente en Niza un irredentismo italiano que alza la bandera de las *vespri nizzardi* que Garibaldi alentó después de que el reino de Cerdeña-Piamonte le cediera a Napoleón III el territorio del antiguo condado de Niza con sus habitantes incluidos. Garibaldi se llegó a presentar en 1870 a las elecciones para la Asamblea Nacional francesa por Niza para reivindicar su incorporación al reino de Italia. Obtuvo el setenta por ciento de los votos, pero esas elecciones fueron anuladas. La mayor parte de los *nizzardi* (como sucedería en Roccabruna y Mentone, ahora Roquebrune-Cap-Martin y Menton, respectivamente, que pertenecieron a Mónaco hasta el tratado franco-monegasco de 1861) que se sentían italianos y no franceses abandonaron Niza y se dirigieron a su patria, Italia. Niza está llena de sorpresas como esta.



EL FEUDO DE LOS GRIMALDI

Contemplando Mónaco desde las alturas de la Moyenne Corniche, entre La Turbie y Roquebrune (Roccabruna, antes de su incorporación a Francia), no cabe ninguna duda de que al linaje de los Grimaldi le ha sonreído la fortuna. Una prominente familia de marinos genoveses —y a ratos piratas— se apoderó de la Roca de

Mónaco en el siglo XIV y ha llegado así hasta el siglo XXI: si bien bajo la tutela de Francia desde el tratado de 1861, se debe precisar que la familia Grimaldi sigue como titular de uno de los pocos microestados que quedan en Europa. La analogía con la manera de llamar a Múnich/ München de los italianos —Monaco di Bavaria— me llevó a pensar que el nombre del principado tenía que ver necesariamente con algún monasterio —preferentemente benedictino— allí fundado. En este viaje aprendí que el nombre viene de uno de los avatares de Hércules, *Hercules Monoikos*, «de una sola casa», héroe tan ligado a la península itálica, a Hispania y al norte de Marruecos, porque en el promontorio de la Roca de Mónaco hubo un templo dedicado a su culto. Según la tradición local, en un trabajo extra de los doce consagrados en el canon hercúleo, el héroe construyó el «camino de Hércules» que comunica Italia con la Galia, un camino que nos recuerda naturalmente el décimo de sus trabajos, la recuperación del ganado de Gerión en las Islas Rojas cuando, al llegar al lugar donde se unían Hispania y África, abrió con sus manos un paso entre las aguas del Mediterráneo y el Atlántico para acceder con mayor facilidad a la isla de Eritia (tal vez Sancti Petri), al lado de Cádiz, ubicando una columna a cada lado del nuevo estrecho para que su hazaña fuese recordada. Aníbal, en su trayecto desde la Galia a Italia, siguió el «camino de Hércules» del sur de la Galia y se presentó como un segundo Hércules. Varios príncipes de Mónaco también adoptarían el nombre del héroe grecorromano para que quedase muy clara la prosapia de la familia.

Los Grimaldi, temerosos de que otra familia genovesa ocupara la *signoria* de la ciudad, crearon una

facción güelfa junto con la familia Fiaschi. En 1271, las tornas se pusieron en su contra y fueron expulsados de Génova, no quedándoles otro remedio que atrincherarse en sus castillos en la costa de Liguria y de Provenza. Sus alianzas con Carlos de Anjou y con el Papa para recuperar el control de Génova fracasaron. La Roca de Mónaco fue una de las piezas más importantes de esta partida de ajedrez genovesa. La facción güelfa (Fieschi, Grimaldi) y la gibelina (Doria, Spinola, de tanta importancia en la historia de España) fueron alternándose en el control de un castillo que gozaba de una ubicación ideal para lanzar operaciones navales contra Génova. El relato de los Grimaldi disfrazados de frailes franciscanos entrando subrepticamente en el castillo de Mónaco es una leyenda. En 1353, una flota veneciana y aragonesa derrotó en Cerdeña a la flota genovesa, que quedó prácticamente aniquilada en la batalla. Temerosa de una invasión aragonesa, Génova pidió ayuda al Señor de Milán. En 1395, una rama de la familia Grimaldi aprovechó las dificultades de Génova para apoderarse de Mónaco. Ese es el origen del principado de Mónaco y de la fortuna de los Grimaldi, quienes compraron la Roca de Mónaco a la Corona de Aragón en 1419 y desde 1612 fueron reconocidos por Felipe III como «príncipes de Mónaco». Basculando durante mucho tiempo entre los intereses de Francia y la monarquía hispánica, tras el interregno napoleónico, el Congreso de Viena restableció el principado en 1815 y lo puso bajo el protectorado del reino de Cerdeña. El Tratado de Turín de 1860 entregó, a Francia, Saboya, el condado de Niza y la mayor parte de los territorios del principado monegasco: Castillon, Eze, Mentone y Roccabruna. Francia

y el Principado sellaron el tratado franco-monegasco de 1861 que ratificaba esa cesión y dejaba el principado reducido a la Roca de Mónaco y a Montecarlo. El siguiente giro de la ruleta, algo nunca mejor dicho que en Montecarlo, fue dejar de cobrar impuestos a los ciudadanos del principado, lo que determinó que obtener la nacionalidad monegasca se convirtiera en un preciado premio.



ZARATUSTRA EN LA COSTA AZUL

Tras salir por la mañana de Niza, nos detuvimos en un mirador de la Moyenne Corniche y, en Èze, contemplamos el mar de un color azul deslumbrante. El mismo mar que sanó —aunque precaria y temporalmente— a Friedrich Nietzsche cuando lo descubrió en diciembre de 1883. Allí permanecería, con base en Niza, hasta el mes de abril de 1884. En *Ecce homo*, al hablar de la génesis de *Así habló Zaratustra*, nos refiere de este modo aquella estadía:

41

Al invierno siguiente, bajo el cielo alciónico de Niza, que entonces resplandecía por primera vez en mi vida, encontré el tercer *Zaratustra* y había concluido. Apenas un año, calculando en conjunto. Muchos escondidos rincones y alturas del paisaje de Niza se hallan santificados para mí por instantes inolvidables; aquel pasaje decisivo que lleva el título «de tablas viejas y nuevas» fue compuesto durante la fatigosísima subida desde la estación al maravilloso y morisco nido de águilas que es Eza. La agilidad muscular era siempre máxima en mí cuando

la fuerza creadora fluía de manera más abundante. El *cuerpo* está entusiasmado: dejémonos fuera «el alma».⁸

A finales de 1883, Nietzsche no pasaba por su mejor momento.⁹ Sus libros no se vendían y sus problemas de salud se habían exacerbado; Lou Andreas-Salomé lo había plantado y Wagner acababa de fallecer. Allí, en aquel caminar por Èze (él utiliza el nombre italiano, Eza) sus problemas empezaron a resolverse como por ensalmo, *solvitur ambulando* («se resuelve caminando») y volvió a experimentar la emoción de la creación, imprescindible para escribir. Paseo tras paseo por lo que ahora se conoce como «le chemin de Nietzsche» terminó el *Zaratustra* y se dice que nunca se le vio tan lleno de alegría. Nietzsche regresó cada año a la Costa Azul, hasta la primavera de 1888, cuando se fue a Turín para echarse en brazos de la locura. No es de extrañar que para él aquellos días en la Costa Azul fueran el epítome de un mejor tiempo pasado. Un tiempo en que «a menudo la gente podía verme bailar; sin noción siquiera de cansancio podía yo entonces caminar siete, ocho horas por los montes. Dormía bien, reía mucho, poseía una robustez y una paciencia perfectas». La «gran salud», qué duda cabe. ¿Qué significaba para Friedrich Nietzsche el cielo alciónico de Niza, Èze y la Costa Azul?

Alción, hija de Eolo, era la esposa de Ceyx. Cuando este murió en un naufragio, Alción, desesperada, se arrojó al mar. Los dioses, compasivos, los

8 Nietzsche, F. (2011): *Ecce homo: cómo se llega a ser lo que se es*, Madrid, Alianza.

9 Safranski, R. (2019): *Nietzsche: Biografía de su pensamiento*, Barcelona, Tusquets.

transformaron a ambos en una pareja de alciones o martines pescadores. Eolo, dios de los vientos, ordenó que todos los años los vientos dejaran de soplar durante los siete días anteriores y los siete posteriores al solsticio de invierno, de modo que el alción pudiera hacer sus nidos sin peligro de que las tempestades y los vientos los desbarataran y se echasen a perder sus huevos. Esos días eran conocidos como días alciónicos (*alkyonides hemérai*). Incluso en el momento más crudo del invierno, los vientos dejaban de soplar y reinaba la calma. Nietzsche consideraba aquellos días de calma en la Costa Azul como su momento de paz entre el fragor de dos tormentas, la que había visto cesar y la que sabía que pronto llegaría. En ese intervalo de paz que le concedieron los dioses terminó a martillazos su *Zarathustra*, caminando por Èze, aquel antiguo enclave sarraceno, con la vista incomparable del mar de la Costa Azul. Aunque aún está por llegar el solsticio de verano, creo que siempre recordaré estos días en la Costa Azul como nuestros días alciónicos, los que nos permiten recobrar fuerzas antes de la tormenta.

43



DE LA TURBIE A LERICI

He tenido la fortuna de hacer en dos ocasiones un viaje a Italia en automóvil pasando por la Costa Azul y la Riviera italiana. En esta última oportunidad, además, tuve el privilegio de que el conductor fuese alguien tan generoso que me ofreciera detenerse en varios de los lugares que jalonan el camino, a pesar de que ya estuviese aburrido de visitarlos, pues ha hecho este recorrido

en innumerables ocasiones. Creo que he visto pocos lugares tan bellos como las *corniches* que surcan el escarpado relieve de los Alpes en su descenso hasta el mar. Parece mentira, pero la prodigiosa ingeniería civil de los romanos consiguió construir calzadas en este lugar, sobre todo, calzadas de primera categoría, las conocidas como «consulares».¹⁰ Hacia el año 13 a. C., el emperador Augusto ordenó construir la vía Julia Augusta para completar la red de comunicaciones entre Roma y la Provenza. Entre los años 7 y 6 a. C. ordenó erigir en las alturas que dominan el principado de Mónaco, donde concluía esta importante calzada, el Trofeo de los Alpes para conmemorar su victoria sobre las cuarenta y seis tribus ligures que pendían sobre las precarias comunicaciones romanas entre Italia y la Galia cual espada de Damocles. A partir de la paz, la vía Julia Augusta fue prolongada hasta Arlés (Arelate) y Nimes (colonia Augusta Nemausensis) desde donde, enlazando con la vía Domitia, que venía del Norte, se llegaba hasta Narbona y los Pirineos. Paul Zanker nos enseñó muchas cosas sobre la importancia que el emperador le daba a estas cuestiones de la propaganda en su libro sobre Augusto.¹¹ Conocemos a través de Plinio el Viejo (*Historia Naturalis*, III, 133 y ss.) cómo era el trofeo. El texto de una placa daba cuenta de los nombres de las cuarenta y seis tribus derrotadas en orden cronológico y geográfico y estaba flanqueado por dos bajorrelieves de la Victoria alada. El trofeo en realidad era una representación de las armas conquistadas a los enemigos colgadas de un tronco

10 Eran estas las vías principales del Imperio, las arterias fundamentales de la red, las que comunicaban las ciudades más importantes.

11 Zanker, P. (1002): *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid, Alianza.

de árbol. A ambos lados del trofeo había parejas de prisioneros encadenados. En la inscripción en latín que tenía se nos cuenta:

Al emperador Augusto, hijo del divino [Julio] César, pontífice máximo, emperador aclamado catorce veces, siendo investido por decimoséptima vez con la potestad tribunicia, el senado y el pueblo romano erigieron; bajo su guía y auspicios todos los pueblos alpinos, que se encontraban entre el Mar Superior (Mar Adriático) y el Mar Inferior (Mar Tirreno), fueron sometidos al imperio del pueblo romano.

Después viene el listado de las tribus derrotadas. Se trataba de dejar claro para la posteridad quién había ganado la guerra. Y vaya si se cumplió el propósito, pues gran parte del monumento ha llegado hasta nuestros días en este simbólico lugar, donde, según la guía Michelin de la época (el Itinerario de Antonino), terminaba Italia y comenzaba la Galia, «Huc usque Italia/Ab hinc Gallia» («hasta aquí Italia, desde aquí la Galia»). La vía Julia Augusta enlazaba en Vada Sabana (actual Vado Ligure) con el itinerario costero de la vía Aemilia Scauri, calzada que venía desde Luni, donde termina la Toscana y comienza la Liguria.

A este intrincado itinerario costero por el que transcurre la actual autovía que conecta Italia con Francia alude Dante en unos versos del «Purgatorio» que son recordados en una placa en La Turbie:

Tra Lerice e Turbìa la più diserta,
la più romita via è una scala,
verso di quella, agevole e aperta.

(Comparada con ella, el más abrupto
arrecife entre Lérici y Turbía¹²
es una rampa fácil y anchurosa)

«Purgatorio», III, vv. 49-51

Llegados al pie de la montaña del Purgatorio, Virgilio se puso a cavilar cómo llevar a cabo una ascensión tan ardua y tan abrupta, tal que los escarpados arrecifes de Liguria, los prodigios de ingeniería civil a los que hemos hecho referencia, parecieran poca cosa. Dante probablemente estuvo aquí, en La Turbie, durante el verano de 1302, al comienzo de su destierro de Florencia, como nos recuerda la placa. El camino por el que optó para viajar desde la Toscana hacia la Provenza fue la vía Aemilia Scauri, desde Luni y Lerici hasta llegar a la vía Julia Augusta y de allí seguir por la costa ligure hasta La Turbie. Desde allí partía la senda hacia la Provenza y Francia, «la escala que sube a Provenza»; si Dante se dirigió por ese camino hacia la corte papal en Avignon o hacia París, como afirma la tradición sin pruebas indiscutibles, ya es harina de otro costal. Napoleón hizo ese camino en sentido inverso para dirigirse con los ejércitos revolucionarios hacia Italia. Una placa nos recuerda su estancia en La Turbie el 3 de abril de 1796 durante el comienzo del vendaval napoleónico. Nosotros continuamos nuestro camino hacia Italia, en dirección a Génova, pero primero nos detuvimos en Roquebrune y Menton.

12 José María Micó traduce *ruina* como *arrecife*, arabismo de la lengua castellana que procede del nombre que los árabes dieron a las calzadas romanas de Hispania. Micó, J. M. (2008): *Comedia*, Barcelona, Acantilado, 2008, p. 318. Hay dos lecturas diferentes del texto dantesco del verso 50: «rotta ruina» y «romita via» (que se sigue en la placa de La Turbie. Micó llama al lugar con la versión española del topónimo: Turbía).

COMO ESCRIBIÓ STENDHAL, EL ENCANTO DE ITALIA ES EL ENCANTO DE AMAR. SU ROSTRO ES CAMBIANTE, EL PULSO DE LAS PASIONES QUE SUSCITA TAMBIÉN SE VE SOMETIDO A MUDANZAS, Y NOSOTROS, QUIENES NOS MIRAMOS EN ESE ESPEJO, NO SOMOS LOS MISMOS CADA VEZ QUE CONTEMPLAMOS EL MAR ITALIANO DE BELLEZA. PERO HAY ALGO QUE PERMANECE INALTERABLE DESDE AQUELLA INFANCIA ITALIANA TAN LEJOS DE AQUELLAS TIERRAS: LA EVOCACIÓN DE LA MELODÍA DE ITALIA SIEMPRE HACE QUE MI CORAZÓN LATA MÁS DEPRISA. AUNQUE YA SEPA DE SOBRA QUE TODO PARAÍSO TIENE LA PESADA HIPOTECA DE LA MORTALIDAD, SI ES POSIBLE, EN UN SEPULCRO ETRUSCO.

NICANOR GÓMEZ VILLEGAS



Iglesia de San Pedro en Porto Venere

CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento, la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#18 *El espíritu de Roma*
VERNON LEE

CU#19 *Diario austral*
ANTONIO RIVERO TARAVILLO

CU#20 *No le hagas preguntas a la tristeza.
Antología de poemas de tribus de la India*
JESÚS AGUADO

CU#21 *Contra Florencia*
MARIO COLLEONI

CU#22 *Al pie de la Torre Eiffel*
EMILIA PARDO BAZÁN

CU#23 *Lima, la sin lágrimas*
CÉSAR ANTONIO MOLINA

CU#24 *Lorenz Saladin*
ANNEMARIE SCHWARZENBACH

CU#25 *Viaje a Jerusalén*
PIERRE LOTI

CU#26 *Himnos al sol en la oscuridad.
Un viaje al Gales de Dylan Thomas*
JUAN PABLO BERTAZZA

CU#27 *Sepulcros etruscos. Un viaje por
la Toscana.* NICANOR GÓMEZ VILLEGAS

Los romanos reservaban la incineración a sus muertos, no la inhumación; tal vez por eso imaginaban una tristeza sombría en el Averno, sin color, energía ni amor. Los etruscos, en cambio, hacían de la muerte algo delicioso y hasta deseable. Sus cámaras sepulcrales, de colores vivos y adornadas con escenas alegres, proporcionaban, en palabras de D. H. Lawrence, «una rara e intensa placidez». En estas páginas, Nicanor Gómez Villegas adopta este concepto de *sepulcros* para deleitarnos con breves digresiones narrativas que dan cuenta de sus visitas a cementerios, criptas y otro tipo de tumbas con el pretexto de reflexionar sobre la muerte, el amor, los sueños, el arte, el paisaje, la guerra y siempre la historia y la literatura.

En *Sepulcros etruscos. Un viaje por la Toscana*, su autor nos conduce a los lugares donde se originaron ciudades y cayeron dinastías, nos relata las historias que esconden lápidas y tumbas, y nos hace detener ante ellas para interrogarnos sobre la vida de los hombres que allí yacen —Friedrich Nietzsche, Lord Byron, Percy B. Shelley, William Butler Yeats, entre otros—. Así, estos sepulcros, última morada de otras vidas, nos llevan indefectiblemente a meditar sobre nuestra propia existencia.

***Contemplar los sepulcros suele despertar en mí
un profundo rechazo a la ilusión de inmortalidad
del alma. La belleza desgarradora de algunos
cementerios me reconcilia con la muerte.***

NICANOR GÓMEZ VILLEGAS

THEMA:
WTL, 1DST-IT-TS

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM

